

EL AMOR EN LOS TIEMPOS DE SARTRE

"La vida es una pasión inútil" escribió alguna vez Jean Paul Sartre, y se pasó toda la vida demostrando lo contrario, metiéndose siempre en la vida. La demostración cabal de esta aparente contradicción —más que nada verbal— está en los dos extensos tomos que acaba de publicar, en Buenos Aires, Sudamericana: *Cartas al Castor y a algunos otros*, prologadas justamente por quien fuera el Castor, su compañera y contrincante, Simone de Beauvoir. En la intimidad, en las vacilaciones, en el poderoso juego egocéntrico de aquel hombre capaz de todas las piruetas intelectuales, aparece un Sartre previsible (por su empecinamiento en no distraerse del mecanismo genético de pensar) pero también solitario, cuyo espejo son las mujeres, a las que de ningún modo concibió nunca como inútiles y tal vez sí como sucesivas pasiones. Desde la lectura de estas cartas, María Moreno mira, en este suplemento, la intrincada trama de esa relación famosa, que rebotaba a su vez en otras relaciones, en otros países. Alguna vez, en estas pampas, cuando Jean Paul Sartre era más el novelista de *Los caminos de la libertad* que el arquitecto de *El ser y la nada*, más de algunas parejas intelectuales en formación nombraban y trataban de copiar con cariño a ese matrimonio abierto, "inolvidable", que desde el saber podía superar los vicios burgueses para mantener una complicidad respetuosa y eterna. Eran modelos literarios, como los personajes de *Los caminos*, que fácilmente podían ser asimilados a ciertos desesperados ambulantes de las novelas precursoras de Roberto Arlt. De modo que sus escarceos con Merleau Ponty o su polémica por la guerra de Argelia con el simpático Albert Camus —que había escrito *El extranjero* y encima jugaba al arco en un cuadro de fútbol— parecían una continuación de la aventura de ese hogar atípico. De esas continuaciones se ocupa Norberto Soares, quien traza la coherencia en la rebeldía y la necesidad diaria de ser contemporáneo de ese hombre a quien nunca se podrá separar de esa mujer y sí largamente, de muchos de los simples divulgadores que lo rodeaban o lo siguen rondando.

LA CAIDA DE UN DIOS LAICO

Por María Moreno

Pertenezco a una familia imaginaria llamada generación cuyos padres —Jean Sol Partre y Notre Dame de Sartre, como los llamaba Boris Vian— no lo eran menos por ser meramente ficticios y puntualmente parricidas. Ellos enseñaban que una generación no era una disposición —cosa de poder escupir a Drieu La Rochelle, ese nazi— sino una situación, sobre la que era posible elevarse como un tal Sartre y una tal Simone de Beauvoir. Sobre todo que es imperioso amar de diferentes maneras, sabiendo que esta declaración no deja de ser una soberbia felonía, organizable sin embargo, en polos atrayentes: duración versus intensidad, necesidad versus contingencia o (más burguesamente) "lo serio" versus "una aventura", es decir envejecer (encanecer) juntos, versus tirarse una cana al aire.

Era soportable —para saberlo existían estas vidas ejemplares— navegar entre dos aguas; es más, se trataba de una exigencia moral.

Conocíamos la versión de la dama —sus autobiografías—, empapada en un pudor y un lujo de detalles que saben convivir sin sospecha, puesto que el lobo del psicoanálisis no está, o ellos lo han hecho desaparecer como muchas otras cosas con un simple "permite que te tome del brazo y te cuente mi teoría".

Ahora llegan estos tomos color turquesa titulados *Cartas al Castor y a algunos otros,* este a "algunos otros" en letra mucho más pequeña. Tal desnivel es el resultado de una valoración ética: la imprenta se ha puesto del lado de la "necesariedad", la "duración", "lo serio", el "envejecer juntos", agreguemos el "compromiso". "Al menos, en este sentido, mi vida tendrá eso, haber amado a una persona con todas mis fuerzas, sin pasionalidad y sin embrujos pero *desde adentro*. Y tenía que ser usted, amor mío, alguien tan estrechamente mezclado conmigo que ya no se puede distinguir lo suyo de lo mío". Sin pasionalidad y sin embrujos ¿quien quiere ese lugar? Ella, a quien él llamaba "mi pequeña conciencia moral" y con quien era posible eludir las cenas tormentosas y comer idílicamente en medio de "conversación elevada (como sobre el valor o incluso la naturaleza de las matemáticas)".

Un par de misioneros dispuestos a apretar en el mismo puño la verdad y el deseo ("Amor mío, no tema, le diré la verdad a lo sumo con 24 horas de retraso, el tiempo de plantear el problema de conciencia").

Un "matrimonio open" acogido a los beneficios de la confesión laica, claro que "es un fastidio decir la verdad por carta, pues al poco se va corrigiendo mientras que la carta es un ínfimo instante coagulado que se lanza hacia el destinatario y amenaza caerle como una teja sobre la cabeza". Puntillismo moral simple rasgo de neurótico obsesivo.

Dos empresarios dispuestos a explotar el "sentimiento exento de ternura que da la fuerza de a dos" en un monstruo literario de dos cabezas, capaz de sobrevivir a su propia posteridad.

Un amor sin ardores como el que querían para marido y mujer los teólogos medievales, según el *precedente* (el pacto) y no la *duración* (el contrato), donde dos se aman porque se han amado y su amor crece con el tiempo hasta el día terrible en que chocan contra el muro de la muerte. (¿Acaso no fue necesario preparar con infinita anticipación *La ceremonia del adiós?)* Si copio esta última frase de la descripción que hace Philip Ariès del amor en el matrimonio durante el antiguo régimen, es con la esperanza de hacer reír a dos cadáveres.

La *fornicatio* y la *inmunditia* eran, desde San Pablo en adelante pecados no ajenos al matrimonio, si era escandaloso "folgar" con la esposa como con una adúltera, el tiempo agitaría otra vez el mazo e inventaría un matrimonio que incluyera el adulterio y no la bendición de la Iglesia: el existencialista.

Amor y anexión

Las cartas que Sartre envió a Simone de Beauvoir desde 1929 hasta 1963 se soñaron siempre públicas, las de "algunos otros" se hicieron públicas vía Simone de Beauvoir. "Te envío un suplemento (¿literario?) de correspondencia Sartre-el Castor" le escribe Sartre a una de sus ex amantes, Simone Jolivet. Algunas son leídas en rueda de amigos. Otras —embriones de teorías u opiniones políticas— son reapropiadas por Sartre en su obra.

Esa es la suerte que corrió un larguísimo viaje a Nápoles narrado en forma epistolar a Olga —uno de los terceros vencidos— que se transformó en novelita bajo el título de *Nourritures.*

Al mismo tiempo la correspondencia Sartre-Castor se apropia de las cartas no siempre felices de las amantes despechadas o impacientes, o de las cartas que Sartre enviará de escarmiento a alguna exaltada.

Porque al Castor puede contársele todo, incluido que una tal Marti Bourdin tenía "una lengua como un mirlitón que se desenrolla sin parar y le acaricia a uno hasta las amígdalas, una boca tan tan agradable como la de Gegé".

Y los terceros vencidos oscilan entre la desesperación suicida o la avenencia de cholulos. "Cuando se entra a vuestro mundo ya no se puede salir de él" gime un rebelde. A menudo ellos toman por tal a esta pareja que quiere ser uno solo. Por eso Sartre le cuenta al Castor, complacido por la anexión: "Tania se ha mostrado de una buena voluntad conmovedora y en definitiva durante estos ocho meses de guerra ha estado perfecta. Es cierto, es siempre lo mismo, que la otra ha estado perfecta con usted y que yo soy también *usted* para T". Y a Louise Védrine, amiga del Castor: "Hay algo que si sé y es que *nuestro* porvenir es *tu* porvenir". Administración de los "inconvenientes" de la *folie a trois* como los que causó Olga Zazoulich sublimados por *el Castor* en *La invitada* o una tal Dolores que se mostró inasimilable y que el Castor, quien llegó a temerle, llamó M. en sus memorias.

Esta práctica sólo podía ser posible dando vuelta el retrato del señor Freud o, fingiendo en razón de conveniencias; si bien las notas al pie de página de la correspondencia indican hasta cuál era el verdadero nombre de un ignoto acto de *vodeville,* ninguna explica quién es Dolores. Tampoco porque el Castor escribe poco, cuándo Sartre está con esta última ni por qué pierde un libro —*Visages*— que debe enviar a la tal Dolores-Sartre se lo pregunta con malicia o inocencia.

En fin, se divirtieron, no en el sentido frívolo sino en el de tener y cultivar a favor de la pasión el hábito de la diversidad. Levi Strauss lo entendió como si fuera Elsa Maxwell y aunque tenía una precisa idea de los mitos —en parte él la había inventado— le dijo un día a Dolores: "Cómo quieres que me parezca simpático después de haber leído *La invitada*. Ahí se lo pinta entero y aparece como un ser inmundo y un canalla". Se refería, claro, a Sartre.

Se trataba de vivir para contar y de vivir para "Ella" la legítima que Sartre menciona en una carta a Simone Jolivet: "Pero muy pronto Ella, mi capacidad de trabajo, se despertará, como se ha despertado El, mi amor por ti".

Sartre: esa mujer

¿Cuántas veces él se quejó de ser una especie de niño chancho, de libidinoso que no renuncia, sin embargo, al distanciamiento frío envidiando la sensibilidad de las mujeres incluso más allá del sexo? "Tengo la impresión que en mis relaciones físicas con la gente, me he conducido como un niño vicioso. Conozco pocas mujeres a las que, en este aspecto no haya puesto incómodas. A usted misma, mi pequeño Castor, pese al respeto que siempre le he profesado la hice sentir molesta con frecuencia, sobre todo en las primeras épocas, y en más de una ocasión le he parecido obsceno." ¿Qué cruzada no es moral en el sentido vulgar de la palabra?

La virilidad, sin embargo, su fachada, le parecía de una incongruencia que, se diría, miraba con ironía femenina. "Usted sabe hacer un guiño para imitar el miembro viril".

Como donador no se tenía buen precio, y solía recordar a sus amores vestidos y jamás en actitudes sensuales. Soñaba con acariciar a una mujer largamente sin tener que irsele encima. "Pongo la ternura en un primer plano respecto de la sexualidad."



Salud

—¿Está contento con su vida?

—Muy contento, pienso que si hubiera tenido un poco más de suerte, hubiera podido tratar más cosas y mejor.

—Y también si se hubiera cuidado un poco. Porque se arruinó la salud escribiendo la Crítica de la razón dialéctica.

—¿De qué sirve la salud? Vale más escribir la *Crítica de la razón dialéctica* y esto lo digo sin orgullo, es mejor escribir algo que es largo, conciso, importante para uno, que gozar de buena salud. *(Entrevista)*



Salvación

Lo que me fascina de mi locura es que me ha protegido, desde el primer día, de las seducciones de la elite. Jamás me creí el feliz propietario de un "talento": mi única preocupación era salvarme —nada en las manos, nada en los bolsillos—, por el trabajo y la fe. En consecuencia, mi pura opción no me daba superioridad sobre nadie: sin equipo, sin herramientas, me dediqué a la obra por entero para salvarme entero. Si coloco a la imposible Salvación en el desván de los trastos inútiles, ¿qué queda? Todo un hombre, hecho de todos los hombres y que vale lo que todos y lo que cualquiera de ellos. *(Las palabras)*

LA CAIDA DE UN DIOS LAICO

Por María Moreno

Pertenezco a una familia imaginaria llamada generación cuyos padres —Jean Sol Partre y Notre Dame de Sartre, como los llamaba Boris Vian— no lo eran menos por ser meramente ficticios y puntualmente parricidas. Ellos enseñaban que una generación no era una disposición —cosa de poder escupir a Drieu La Rochelle, ese nazi— sino una situación, sobre la que era posible elevarse como un tal Sartre y una tal Simone de Beauvoir. Sobre todo que es imperioso amar de diferentes maneras, sabiendo que esta declaración no deja de ser una soberbia felonía, organizable sin embargo, en polos atrayentes: duración versus intensidad, necesidad versus contingencia o (más burguesamente) "lo serio" versus "una aventura", es decir envejecer (encanecer) juntos, versus tirarse una cana al aire.

Era soportable —para saberlo existían estas vidas ejemplares— navegar entre dos aguas; es más, se trataba de una exigencia moral.

Conocíamos la versión de la dama —sus autobiografías—, empapada en un pudor y un lujo de detalles que saben convivir sin sospecha, puesto que el lobo del psicoanálisis no está, o ellos lo han hecho desaparecer como muchas otras cosas con un simple "permite que te tome del brazo y te cuente mi teoría".

Ahora llegan estos tomos color turquesa titulados *Cartas al Castor y a algunos otros,* este a "algunos otros" en letra mucho más pequeña. Tal desnivel es el resultado de una valoración ética: la imprenta se ha puesto del lado de la "necesariedad", la "duración", "lo serio", el "envejecer juntos", agreguemos el "compromiso". "Al menos, en este sentido, mi vida tendrá eso, haber amado a una persona con todas mis fuerzas, sin pasionalidad y sin embrujos pero *desde adentro*. Y tenía que ser usted, amor mío, alguien tan estrechamente mezclado conmigo que ya no se puede distinguir lo suyo de lo mío". Sin pasionalidad y sin embrujos ¿quien quiere ese lugar? Ella, a quien él llamaba "mi pequeña conciencia moral" y con quien era posible eludir las cenas tormentosas y comer idílicamente en medio de "conversación elevada (como sobre el valor o incluso la naturaleza de las matemáticas)".

Un par de misioneros dispuestos a apretar en el mismo puño la verdad y el deseo ("Amor mío, no tema, le diré la verdad a lo sumo con 24 horas de retraso, el tiempo de plantear el problema de conciencia").

Un "matrimonio open" acogido a los beneficios de la confesión laica, claro que "es un fastidio decir la verdad por carta, pues al poco se va corrigiendo mientras que la carta es un ínfimo instante coagulado que se lanza hacia el destinatario y amenaza caerle como una teja sobre la cabeza". Puntillismo moral simple rasgo de neurótico obsesivo.

Dos empresarios dispuestos a explotar el "sentimiento exento de ternura que da la fuerza de a dos" en un monstruo literario de dos cabezas, capaz de sobrevivir a su propia posteridad.

Un amor sin ardores como el que querían para marido y mujer los teólogos medievales, según el *precedente* (el pacto) y no la *duración* (el contrato), donde dos se aman porque se han amado y su amor crece con el tiempo hasta el día terrible en que chocan contra el muro de la muerte. (¿Acaso no fue necesario preparar con infinita anticipación *La ceremonia del adiós?)* Si copio esta última frase de la descripción que hace Philip Ariès del amor en el matrimonio durante el antiguo régimen, es con la esperanza de hacer reír a dos cadáveres.

La *fornicatio* y la *inmunditia* eran, desde San Pablo en adelante pecados no ajenos al matrimonio, si era escandaloso "folgar" con la esposa como con una adúltera, el tiempo agitaría otra vez el mazo e inventaría un matrimonio que incluyera el adulterio y no la bendición de la Iglesia: el existencialista.

Amor y anexión

Las cartas que Sartre envió a Simone de Beauvoir desde 1929 hasta 1963 se soñaron siempre públicas, las de "algunos otros" se hicieron públicas vía Simone de Beauvoir. "Te envío un suplemento (¿literario?) de correspondencia Sartre-el Castor" le escribe Sartre a una de sus ex amantes, Simone Jolivet. Algunas son leídas en rueda de amigos. Otras —embriones de teorías u opiniones políticas— son reapropiadas por Sartre en su obra.

Esa es la suerte que corrió un larguísimo viaje a Nápoles narrado en forma epistolar a Olga —uno de los terceros vencidos— que se transformó en novelita bajo el título de *Nourritures.*

Al mismo tiempo la correspondencia Sartre-Castor se apropia de las cartas no siempre felices de las amantes despechadas o impacientes, o de las cartas que Sartre enviará de escarmiento a alguna exaltada.

Porque al Castor puede contársele todo, incluido que una tal Marti Bourdin tenía "una lengua como un mirlitón que se desenrolla sin parar y le acaricia a uno hasta las amígdalas, una boca tan tan agradable como la de Gegé".

Y los terceros vencidos oscilan entre la desesperación suicida o la avenencia de cholulos. "Cuando se entra a vuestro mundo ya no se puede salir de él" gime un rebelde. A menudo ellos toman por tal a esta pareja que quiere ser uno solo. Por eso Sartre le cuenta al Castor, complacido por la anexión: "Tania se ha mostrado de una buena voluntad conmovedora y en definitiva durante estos ocho meses de guerra ha estado perfecta. Es cierto, es siempre lo mismo, que la otra ha estado perfecta con usted y que yo soy también *usted* para T". Y a Louise Védrine, amiga del Castor: "Hay algo que sí sé y es que *nuestro* porvenir es *tu* porvenir". Administración de los "inconvenientes" de la *folie a trois* como los que causó Olga Zazoulich sublimados por *el Castor* en *La invitada* o una tal Dolores que se mostró inasimilable y que el Castor, quien llegó a temerle, llamó M. en sus memorias.

Esta práctica sólo podía ser posible dando vuelta el retrato del señor Freud o, fingiendo en razón de conveniencias; si bien las notas al pie de página de la correspondencia indican hasta cuál era el verdadero nombre de un ignoto acto de *vodeville,* ninguna explica quién es Dolores. Tampoco porque el Castor escribe poco, cuándo Sartre está con esta última ni por qué pierde un libro —*Visages*— que debe enviar a la tal Dolores-Sartre se lo pregunta con malicia o inocencia.

En fin, se divirtieron, no en el sentido frívolo sino en el de tener y cultivar a favor de la pasión el hábito de la diversidad. Levi Strauss lo entendió como si fuera Elsa Maxwell y aunque tenía una precisa idea de los mitos —en parte él la había inventado— le dijo un día a Dolores: "Cómo quieres que me parezca simpático después de haber leído *La invitada*. Ahí se lo pinta entero y aparece como un ser inmundo y un canalla". Se refería, claro, a Sartre.

Se trataba de vivir para contar y de vivir para "Ella" la legítima que Sartre menciona en una carta a Simone Jolivet: "Pero muy pronto Ella, mi capacidad de trabajo, se despertará, como se ha despertado El, mi amor por ti".

Sartre: esa mujer

¿Cuántas veces él se quejó de ser una especie de niño chancho, de libidinoso que no renuncia, sin embargo, al distanciamiento frío, envidiando la sensibilidad de las mujeres incluso más allá del sexo? "Tengo la impresión que en mis relaciones físicas con la gente, me he conducido como un niño vicioso. Conozco pocas mujeres a las que, en este aspecto no haya puesto incómodas. A usted misma, mi pequeño Castor, pese al respeto que siempre le he profesado la hice sentir molesta con frecuencia, sobre todo en las primeras épocas, y en más de una ocasión le he parecido obsceno." ¿Qué cruzada no es moral en el sentido vulgar de la palabra?

La virilidad, sin embargo, su fachada, le parecía de una incongruencia que, se diría, miraba con ironía femenina. "Usted sabe: hacer un guiño para imitar el miembro viril".

Como donador no se tenía buen precio, y solía recordar a sus amores vestidos y jamás en actitudes sensuales. Soñaba con acariciar a una mujer largamente sin tener que írsele encima. "Pongo la ternura en un primer plano respecto de la sexualidad."

No se cansaba de apelar a esa sensibilidad "que enriquece mis ideas", y que él de algún modo soñaba con expropiar: "Las muchachas y las mujeres siempre fueron mi medio natural y siempre pensé que había en mí una especie de mujer".

Despotricar contra el Partido Comunista, hacerse maoísta, argumentar un rechazo al Premio Nobel, agotadoras epopeyas de muchachones que arrojan de vez en cuando un cadáver para que compre nuestra libertad —Nizan, Merleau Ponty— y echarse en los brazos de una dama, tener la venia del Castor y poder decir: "beso tus ojitos hinchados y tu querida boquita". ¡Qué placer!

Final de cuentas

En los últimos años Sartre ya no es el mismo y ya no soporta el otro en que se ha convertido. Ceguera, arterias taponadas por el corydrane, incontinencia urinaria, "accidentes intestinales", males que Simone de Beauvoir cita con tal fruición *(La ceremonia del adiós)* que uno se pregunta si es que no soporta la caída de ese Dios laico o si, detallándola, no hace más que promoverla. (El genio entre los excrementos: ¿una venganza feminista?)

El Castor se rebela ante un hombre que babea y se deja limpiar el traste con total indiferencia. A él ¿qué otra le quedaba si no obtener el plus de goce de quien se ha escapado de sí mismo. Si eso sucede al otro, al Castor sólo le queda un lugar: la policía. Es decir regular a las amiguitas que ocultan una botella de Johny Walker en su bolso, a los maoístas que aprovechan de la chochera ventajas argumentales, a los que quieren llevarse el trofeo de una frase final.

Ella que fue tan valiente ("creo que para jugar a este juego de la verdad hay que tener más que honestidad, presencia de ánimo") se enfrentó a aquello para lo cual no estaba preparada: la fisiología del amor.

La pasión de unos cuerpos

Sartre pensaba que se podía ser francés para suprimir a los franceses, sabiendo perfectamente que aunque uno *ayude* a suprimirlos lo haría como francés. No hablaba de una supresión real sino de una asunción como superación hacia el Hombre.

En ese sentido puede decirse que hay en los franceses un "nosotros" que incluye tanto el brazo levantado de Drieu de La Rochelle, como el pedido de Claudel (¿o fue Valery?) de que se quemen los libros de Genet, a Sartre arengando desde un barril en mayo del '68. También un cuerpo del amor hecho de ciertos cuerpos: El que Roland Barthes ocultó a su madre en las vicisitudes que en su tomo de la colección *Por él mismo* ubica en la letra H y que, muerta la madre y ensangrentado, bajo la mirada de Philipe Sollers, luego de un estúpido accidente callejero, dejó de tener vicisitudes. El de Louis Althuser que asfixió a su mujer, alejándose de las trivialidades de la Razón. El de Michel Foucault que, cuando ya no podía reflexionar sobre esta leyenda-prejuicio —dicen— sucumbió bajo el SIDA.

Resacas de la estructura, lugares donde se relevaba al otro o se vivía parte de su vida denegada. Junto a ellos, limpios y viejos descansan Sartre y Simone de Beauvoir.

Como Saint Simon dispuso para su esposa y él mismo, sus féretros no están unidos por una cadena de hierro pero el prefacio de *La ceremonia del adiós* equivale a una, párrafo tanto más conmovedor porque pertenece a una atea que ya no puede dirigirse a nadie. "Cuando éramos jóvenes y al término de una discusión apasionada uno de los dos triunfaba con brillantez le decía al otro 'Lo tengo en la cajita'. Usted está ahora en la cajita; no saldrá de ella y no me reuniré con usted: aunque me entierren a su lado de sus cenizas a mis restos no habrá ningún pasadizo".

Y bien, ya todos los tenemos en la cajita y vale parafrasear al Castor para decir: La muerte de El los separó. La de ella no los unirá. Así es: ya fue hermoso que sus vidas hayan podido estar de acuerdo durante tanto tiempo.

Salud

—¿Está contento con su vida?

—Muy contento, pienso que si hubiera tenido un poco más de suerte, hubiera podido tratar más cosas y mejor.

—Y también si se hubiera cuidado un poco. Porque se arruinó la salud escribiendo la Crítica de la razón dialéctica.

—¿De qué sirve la salud? Vale más escribir la *Crítica de la razón dialéctica* y esto lo digo sin orgullo, es mejor escribir algo que es largo, conciso, importante para uno, que gozar de buena salud. *(Entrevista)*

Salvación

Lo que me fascina de mi locura es que me ha protegido, desde el primer día, de las seducciones de la elite. Jamás me creí el feliz propietario de un "talento": mi única preocupación era salvarme —nada en las manos, nada en los bolsillos—, por el trabajo y la fe. En consecuencia, mi pura opción no me daba superioridad sobre nadie: sin equipo, sin herramientas, me dediqué a la obra por entero para salvarme entero. Si coloco a la imposible Salvación en el desván de los trastos inútiles, ¿qué queda? Todo un hombre, hecho de todos los hombres y que vale lo que todos y lo que cualquiera de ellos. *(Las palabras)*



UN HOMBRE CUALQUIERA

Por Norberto Soares

Sartre, el reconocimiento público y el éxito se tutearon de movida. Su primera novela, *La náusea* vendió, al parecer, una cantidad desacostumbrada de ejemplares para un escritor que recién debutaba. Su primera obra filosófica de envergadura, *El Ser y la Nada,* irradió el nombre de su autor y su mensaje a todo Occidente, subyugó a varias generaciones de intelectuales que la recitaban como una nueva biblia y se erigió en la piedra angular de ese movimiento difuso llamado existencialismo, a partir del cual la hegemonía intelectual de Sartre perduraría durante varias décadas. Sus obras de teatro, por otra parte, supieron dramatizar, lúcidamente, el clima enrarecido de la Europa de posguerra y los contemporáneos de su autor se vieron reflejados en ella como en un espejo a la vez fiel, crítico e implacable.

De movida, como se apuntó, Sartre tenía asegurado un lugar central en la cultura europea y en otras que, más allá de esas fronteras, lo recibieron como un profeta laico, irreverente. Para todos, los que lo amaban y los que lo odiaban, era Sartre, un nombre fundante, la "marca" de origen de una filosofía, el nuevo Amo de un saber que lograba imponer en el desorden de una vida sacudida por la guerra, el orden de una reflexión expresada a través de uno de los estilos más fascinantes y violentos que ha dado la lengua francesa. Esta imagen de Sartre fascinó a todos. Menos a él.

En rigor, nunca lo fascinó el rol de Amo y mucho menos que quisieran convertirlo en una joven estatua. Esta rebeldía no iba a abandonarlo jamás. Se adhirió a él como una segunda piel, hasta llegar a convertir al joven pequeño burgués idealista, alejado de los acontecimientos históricos y políticos —vivió en Berlín, en pleno ascenso de Hitler y el hecho no alteró sus preocupaciones teóricas—, en el intelectual maduro y comprometido con las causas más nobles de su época, algunas de las cuales no vaciló en estigmatizar cuando la nobleza de los orígenes era sistemáticamente traicionada.

La relación de Sartre con los acontecimientos históricos y políticos después de la Segunda Guerra Mundial lo convirtieron en una figura ejemplar. Lo cierto es que los acontecimientos que cruzaron su época fueron múltiples y turbulentos. Pueden enumerarse tres que lo marcaron a fuego. El primero fue la Segunda Guerra, donde fue hecho prisionero y palpó los límites ignorados de su libertad, tema que se convertiría en uno de los ejes privilegiados de sus obras. El segundo es el descubrimiento de Marx, el cual lo impactó decisivamente, mucho más que el psicoanálisis, discurso con el que sostuvo siempre un diálogo receloso, materializado en una aceptación crítica. El tercero es el legendario Mayo francés del '68 por el cual advierte que él es, entre otras cosas, un producto del sistema universitario francés, al tiempo que se identifica con quienes lo cuestionan drásticamente. A partir de aquellas jornadas incendiarias, llegará a la siguiente conclusión: "Hay intelectuales —entre los que me incluyo—, que a partir de 1968 ya no quieren dialogar con la burguesía".

Pero era demasiado inteligente para saber que tal postura —por más legítima que fuera—, lindaba con la impostura. La contradicción fundamental de Sartre fue la de saberse el producto de una burguesía ilustrada y, a la vez, un cuestionador de la misma la que era, paradójicamente, la destinataria de sus obras y de sus furias.

Más allá de esta contradicción que él decretó irresoluble, la gran conmoción en la vida de Sartre fue su topetazo con el marxismo. Tanto que, en 1969, en una entrevista que concede a los miembros del comité de redacción de la revista inglesa *New left review,* Sartre llegará a decir: "El problema fundamental es el de mi relación con el marxismo". Más aún: en la vasta y trabajosa obra en la cual se dedica a abordar ese problema —*Crítica de la razón dialéctica*—, definirá a la filosofía con los siguientes términos: "En primer lugar, es cierta manera de tomar conciencia de sí de la clase ascendente: y esta conciencia puede ser cierta o confusa, indirecta o directa". Esa clase "ascendente" y la filosofía a través de la cual toma conciencia de su espesor histórico, fueron, en el pasado, los barones feudales, más tarde la burguesía y en los tiempos que corren, el proletariado. También en la *Crítica...* llegará a afirmar que en cada siglo hay una sola filosofía viva —del tipo de la que acaba de definir— y que en este siglo ese sistema de signos capaces de provocar acontecimientos irreversibles se llama marxismo.

De ahí a la acción no había más que un paso. Pero, a diferencia de otros intelectuales que apuestan a todo o nada por un partido (Louis Aragón, por ejemplo, a la izquierda), o por un hombre (el fatuo André Malraux, a la derecha, moderada, con De Gaulle), Sartre mantendrá una independencia militante y crítica, sin ceder jamás a la tentación de apelar a simplificaciones teóricas para sostener una determinada posición política.

Jamás lo hizo. Era una especie de miniaturista de los acontecimientos, un intelectual que como su maestro Heidegger estaba convencido de que lo decisivo no es salir del círculo sino penetrar en él de forma adecuada. La complejidad no lo alarmaba; más bien lo atraía como un perverso canto de sirenas y él se dejaba ganar por ella para clarificarla con los resplandores brutales de su talento y la violenta seducción de su prosa.

En alguna parte de estas líneas se dijo que la suya fue una vida ejemplar. El acotaría, sonriendo maliciosamente, que "una vida ejemplar es lo contrario de una vida edificante". Exacto. Nunca hizo buena letra; repudió el sentido común y las buenas conciencias; las almas bellas lo asqueaban; fue un antifascista apasionado y consecuente y cuando tuvo que tirar municiones de alto calibre contra la izquierda no se refugió nunca en los argumentos de la derecha. Y algo más: el hombre que dedica a Flaubert más de dos mil páginas de apretada tipografía en esa obra monumental que es *El idiota de la familia,* le esquivó el bulto tanto a la torre de marfil promovida por aquel como a los balvuceos ramplones y eternamente siniestros de cualquier populismo.

¿Qué es lo que queda luego de todo esto? El lo dijo en ese simulacro bellísimo de autobiografía que se llama *Las palabras:* "Un hombre, hecho de todos los hombres y que vale lo que todos y lo que cualquiera de ellos". Es poco. Será mejor homenajearlo con otra de sus reflexiones, límpida, contundente y frontal, como fueron sus juicios, tanto los que pactaron con la verdad como los que erraron. Aquella reflexión dice: "Creo que lo importante no es lo que han hecho de uno, sino lo que uno hace con lo que han hecho de uno". Y agrega: "Es la definición que hoy daría de la libertad". Lo impactante de esa frase, la convicción y la verdad que la habitan, surgen de que es una reflexión iluminada por la práctica. La vida y la obra de Sartre son testigos de esta certeza.

Existencialismo

—¿Así que usted todavía acepta la etiqueta de existencialista?

—La palabra en sí es tonta. Como sabrá, no soy yo quien la eligió: me la *pegaron* y yo la acepté. Actualmente ya no la aceptaría. Pero ya nadie me llama "existencialista", salvo en los manuales, donde ya no significa nada.

—Etiqueta por etiqueta, ¿cuál prefiere, la de "existencialista" o la de "marxista"?

—Si necesariamente tendría que haber una etiqueta, me gustaría más la de existencialista. *(Entrevista)*

No se cansaba de apelar a esa sensibilidad "que enriquece mis ideas", y que él de algún modo soñaba con expropiar: "Las muchachas y las mujeres siempre fueron mi medio natural y siempre pensé que había en mí una especie de mujer".

Despotricar contra el Partido Comunista, hacerse maoísta, argumentar un rechazo al Premio Nobel, agotadoras epopeyas de muchachones que arrojan de vez en cuando un cadáver para que compre nuestra libertad —Nizan, Merleau Ponty— y echarse en los brazos de una dama, tener la venia del Castor y poder decir: "beso tus ojitos hinchados y tu querida boquita". ¡Qué placer!

Final de cuentas

En los últimos años Sartre ya no es el mismo y ya no soporta el otro en que se ha convertido. Ceguera, arterias taponadas por el corydrane, incontinencia urinaria, "accidentes intestinales", males que Simone de Beauvoir cita con tal fruición *(La ceremonia del adiós)* que uno se pregunta si es que no soporta la caída de ese Dios laico o si, detallándola, no hace más que promoverla. (El genio entre los excrementos: ¿una venganza feminista?)

El Castor se rebela ante un hombre que babea y se deja limpiar el traste con total indiferencia. A él ¿qué otra le quedaba si no obtener el plus de goce de quien se ha escapado de sí mismo. Si eso sucede al otro, al Castor sólo le queda un lugar: la policía. Es decir regular a las amiguitas que ocultan una botella de Johny Walker en su bolso, a los maoístas que aprovechan de la chochera ventajas argumentales, a los que quieren llevarse el trofeo de una frase final.

Ella que fue tan valiente ("creo que para jugar a este juego de la verdad hay que tener más que honestidad, presencia de ánimo") se enfrentó a aquello para lo cual no estaba preparada: la fisiología del amor.

La pasión de unos cuerpos

Sartre pensaba que se podía ser francés para suprimir a los franceses, sabiendo perfectamente que aunque uno *ayude* a suprimirlos lo haría como francés. No hablaba de una supresión real sino de una asunción como superación hacia el Hombre.

En ese sentido puede decirse que hay en los franceses un "nosotros" que incluye tanto el brazo levantado de Drieu de La Rochelle, como el pedido de Claudel (¿o fue Valery?) de que se quemen los libros de Genet, a Sartre arengando desde un barril en mayo del '68. También un cuerpo del amor hecho de ciertos cuerpos: El que Roland Barthes ocultó a su madre en las vicisitudes que en su tomo de la colección *Por él mismo* ubica en la letra H y que, muerta la madre y ensangrentado, bajo la mirada de Philipe Sollers, luego de un estúpido accidente callejero, dejó de tener vicisitudes. El de Louis Althuser que asfixió a su mujer, alejándose de las trivialidades de la Razón. El de Michel Foucault que, cuando ya no podía reflexionar sobre esta leyenda-prejuicio —dicen— sucumbió bajo el SIDA.

Resacas de la estructura, lugares donde se relevaba al otro o se vivía parte de su vida denegada. Junto a ellos, limpios y viejos descansan Sartre y Simone de Beauvoir.

Como Saint Simon dispuso para su esposa y él mismo, sus féretros no están unidos por una cadena de hierro pero el prefacio de *La ceremonia del adiós* equivale a una, párrafo tanto más conmovedor porque pertenece a una atea que ya no puede dirigirse a nadie. "Cuando éramos jóvenes y al término de una discusión apasionada uno de los dos triunfaba con brillantez le decía al otro 'Lo tengo en la cajita'. Usted está ahora en la cajita; no saldrá de ella y no me reuniré con usted: aunque me entierren a su lado de sus cenizas a mis restos no habrá ningún pasadizo".

Y bien, ya todos los tenemos en la cajita y vale parafrasear al Castor para decir: La muerte de El los separó. La de ella no los unirá. Así es: ya fue hermoso que sus vidas hayan podido estar de acuerdo durante tanto tiempo.



UN HOMBRE CUALQUIERA

Por Norberto Soares

Sartre, el reconocimiento público y el éxito se tutearon de movida. Su primera novela, *La náusea* vendió, al parecer, una cantidad desacostumbrada de ejemplares para un escritor que recién debutaba. Su primera obra filosófica de envergadura, *El Ser y la Nada,* irradió el nombre de su autor y su mensaje a todo Occidente, subyugó a varias generaciones de intelectuales que la recitaban como una nueva biblia y se erigió en la piedra angular de ese movimiento difuso llamado existencialismo, a partir del cual la hegemonía intelectual de Sartre perduraría durante varias décadas. Sus obras de teatro, por otra parte, supieron dramatizar, lúcidamente, el clima enrarecido de la Europa de posguerra y los contemporáneos de su autor se vieron reflejados en ella como en un espejo a la vez fiel, crítico e implacable.

De movida, como se apuntó, Sartre tenía asegurado un lugar central en la cultura europea y en otras que, más allá de esas fronteras, lo recibieron como un profeta laico, irreverente. Para todos, los que lo amaban y los que lo odiaban, era Sartre, un nombre fundante, la "marca" de origen de una filosofía, el nuevo Amo de un saber que lograba imponer en el desorden de una vida sacudida por la guerra, el orden de una reflexión expresada a través de uno de los estilos más fascinantes y violentos que ha dado la lengua francesa. Esta imagen de Sartre fascinó a todos. Menos a él.

En rigor, nunca lo fascinó el rol de Amo y mucho menos que quisieran convertirlo en una joven estatua. Esta rebeldía no iba a abandonarlo jamás. Se adhirió a él como una segunda piel, hasta llegar a convertir al joven pequeño burgués idealista, alejado de los acontecimientos históricos y políticos —vivió en Berlín, en pleno ascenso de Hitler y el hecho no alteró sus preocupaciones teóricas—, en el intelectual maduro y comprometido con las causas más nobles de su época, algunas de las cuales no vaciló en estigmatizar cuando la nobleza de los orígenes era sistemáticamente traicionada.

La relación de Sartre con los acontecimientos históricos y políticos después de la Segunda Guerra Mundial lo convirtieron en una figura ejemplar. Lo cierto es que los acontecimientos que cruzaron su época fueron múltiples y turbulentos. Pueden enumerarse tres que lo marcaron a fuego. El primero fue la Segunda Guerra, donde fue hecho prisionero y palpó los límites ignorados de su libertad, tema que se convertiría en uno de los ejes privilegiados de sus obras. El segundo es el descubrimiento de Marx, el cual lo impactó decisivamente, mucho más que el psicoanálisis, discurso con el que sostuvo siempre un diálogo receloso, materializado en una aceptación crítica. El tercero es el legendario Mayo francés del '68 por el cual advierte que él es, entre otras cosas, un producto del sistema universitario francés, al tiempo que se identifica con quienes lo cuestionan drásticamente. A partir de aquellas jornadas incendiarias, llegará a la siguiente conclusión: "Hay intelectuales —entre los que me incluyo—, que a partir de 1968 ya no quieren dialogar con la burguesía".

Pero era demasiado inteligente para saber que tal postura —por más legítima que fuera—, lindaba con la impostura. La contradicción fundamental de Sartre fue la de saberse el producto de una burguesía ilustrada y, a la vez, un cuestionador de la misma la que era, paradójicamente, la destinataria de sus obras y de sus furias.

Más allá de esta contradicción que él decretó irresoluble, la gran conmoción en la vida de Sartre fue su topetazo con el marxismo. Tanto que, en 1969, en una entrevista que concede a los miembros del comité de redacción de la revista inglesa *New left review,* Sartre llegará a decir: "El problema fundamental es el de mi relación con el marxismo". Más aún: en la vasta y trabajosa obra en la cual se dedica a abordar ese problema —*Crítica de la razón dialéctica*—, definirá a la filosofía con los siguientes términos: "En primer lugar, es cierta manera de tomar conciencia de sí de la clase ascendente: y esta conciencia puede ser cierta o confusa, indirecta o directa". Esa clase "ascendente" y la filosofía a través de la cual toma conciencia de su espesor histórico, fueron, en el pasado, los barones feudales, más tarde la burguesía y en los tiempos que corren, el proletariado. También en la *Crítica...* llegará a afirmar que en cada siglo hay una sola filosofía viva —del tipo de la que acaba de definir— y que en este siglo ese sistema de signos capaces de provocar acontecimientos irreversibles se llama marxismo.

De ahí a la acción no había más que un paso. Pero, a diferencia de otros intelectuales que apuestan a todo o nada por un partido (Louis Aragón, por ejemplo, a la izquierda), o por un hombre (el fatuo André Malraux, a la derecha, moderada, con De Gaulle), Sartre mantendrá una independencia militante y crítica, sin ceder jamás a la tentación de apelar a simplificaciones teóricas para sostener una determinada posición política.

Jamás lo hizo. Era una especie de miniaturista de los acontecimientos, un intelectual que como su maestro Heidegger estaba convencido de que lo decisivo no es salir del círculo sino penetrar en él de forma adecuada. La complejidad no lo alarmaba; más bien lo atraía como un perverso canto de sirenas y él se dejaba ganar por ella para clarificarla con los resplandores brutales de su talento y la violenta seducción de su prosa.

En alguna parte de estas líneas se dijo que la suya fue una vida ejemplar. El acotaría, sonriendo maliciosamente, que "una vida ejemplar es lo contrario de una vida edificante". Exacto. Nunca hizo buena letra; repudió el sentido común y las buenas conciencias; las almas bellas lo asqueaban; fue un antifascista apasionado y consecuente y cuando tuvo que tirar municiones de alto calibre contra la izquierda no se refugió nunca en los argumentos de la derecha. Y algo más: el hombre que dedica a Flaubert más de dos mil páginas de apretada tipografía en esa obra monumental que es *El idiota de la familia,* le esquivó el bulto tanto a la torre de marfil promovida por aquel como a los balvuceos ramplones y eternamente siniestros de cualquier populismo.

¿Qué es lo que queda luego de todo esto? El lo dijo en ese simulacro bellísimo de autobiografía que se llama *Las palabras:* "Un hombre, hecho de todos los hombres y que vale lo que todos y lo que cualquiera de ellos". Es poco. Será mejor homenajearlo con otra de sus reflexiones, límpida, contundente y frontal, como fueron sus juicios, tanto los que pactaron con la verdad como los que erraron. Aquella reflexión dice: "Creo que lo importante no es lo que han hecho de uno, sino lo que uno hace con lo que han hecho de uno". Y agrega: "Es la definición que hoy daría de la libertad". Lo impactante de esa frase, la convicción y la verdad que la habitan, surgen de que es una reflexión iluminada por la práctica. La vida y la obra de Sartre son testigos de esta certeza.

Existencialismo

—¿Así que usted todavía acepta la etiqueta de existencialista?

—La palabra en sí es tonta. Como sabrá, no soy yo quien la eligió: me la *pegaron* y yo la acepté. Actualmente ya no la aceptaría. Pero ya nadie me llama "existencialista", salvo en los manuales, donde ya no significa nada.

—Etiqueta por etiqueta, ¿cuál prefiere, la de "existencialista" o la de "marxista"?

—Si necesariamente tendría que haber una etiqueta, me gustaría más la de existencialista. *(Entrevista)*

Historia de amor

Si hubo un acierto, un logro en mi vida, fue mi relación con Sartre. Durante más de treinta años, sólo una noche dormimos separados. Y ese largo apareamiento no ha atenuado el interés que ponemos en nuestras conversaciones. Una amiga en común remarcó que cada uno de nosotros escucha siempre al otro con suma atención. Nuestros pensamientos fueron tan asiduamente criticados, corregidos, sostenidos, que nos resultan comunes. Detrás de nosotros tenemos un stock indivisible de recuerdos, de conocimientos, de imágenes. Para *atrapar* al mundo tenemos los mismos instrumentos, los mismos esquemas, las mismas llaves: ocurre muy a menudo que uno de nosotros termina la frase comenzada por el otro. Si alguien nos hace una pregunta, a veces damos ambos exactamente la misma respuesta. A partir de una palabra, de una sensación, de una sombra, recorremos un mismo camino interior y llegamos simultáneamente a una conclusión —un recuerdo, un acercamiento— para un tercero completamente inesperado. Ya no nos sorprendemos de encontrarnos en nuestras invenciones. Hace poco leí reflexiones hechas por Sartre en 1952, que yo ignoraba y descubrí pasajes que se encuentran, casi palabra por palabra en mis *Memorias,* escritas casi diez años más tarde. Nuestros temperamentos y nuestras orientaciones, nuestras elecciones anteriores siguen siendo diferentes y nuestras obras se parecen poco. Pero llevan a un mismo terreno. Y cuántas amenazas comporta. Lo único nuevo e importante que podría pasarme es la desgracia. Si Sartre muriera o si yo muriera antes que él. Es horrible no estar allí para consolar a alguien ante la pena que uno le causa abandonándolo. Es terrible que nos abandone y se calle.

Simone de Beauvoir,
La fuerza de las cosas.

Sartre enamorado

A su regreso de los Estados Unidos, Sartre me habló mucho de M. Su apego era recíproco y ambos planeaban pasar tres o cuatro meses juntos, todos los años. Las separaciones no me asustaban. Pero él evocaba con tanta alegría las semanas pasadas en Nueva York que yo comencé a inquietarme. Pensé que estaba fascinado sobre todo por lo novelesco de esa aventura: y me preguntaba si no se sentía más atraído por M. que por mí. Mi optimismo comenzó a desvanecerse: podía ocurrir cualquier cosa. En una unión que dura desde hace más de quince años, ¿qué es lo que se convierte en costumbre? ¿Qué concesiones implica? Yo sabía mis respuestas, pero no las de Sartre. Yo lo comprendía mejor que antes y sabía que había grandes diferencias entre nosotros. Que a mí no me molestaban, por el contrario, pero... ¿y él? Según sus relatos, M. compartía exactamente sus reacciones, sus emociones, sus impaciencias, sus deseos. Cuando paseaban, ella tenía deseos de detenerse, de volver a caminar, justo en el mismo momento que él. Tal vez esto marcaba entre ellos un acuerdo en profundidad —en las mismas fuentes de la vida, en su surgimiento y su ritmo— que Sartre no tenía conmigo y que le resultaba más hermoso que nuestro *entente.*

Suele ocurrir a menudo cuando una pregunta peligrosa le quema a uno los labios, que se elige mal el momento de plantearlas: salimos de mi habitación para ir a almorzar a lo de los Salacrou y yo pregunté: "Con franqueza, ¿con quién congenia más, con M. o conmigo?"

"Estoy muy apegado a M. —me respondió Sartre—, pero es usted con quien estoy." Me quedé sin aliento. Sabía lo que quería decir. "Respeto nuestro pacto, no pido nada más". Semejante respuesta replanteaba todo el futuro. Me costó mucho sonreír, comer: veía que Sartre me observaba inquieto y esa comida me parecía interminable. Por la tarde, Sartre me explicó: siempre habíamos atribuido más veracidad a las conductas que a las frases, por eso es que en lugar de perderse en discursos, había invocado la evidencia de un hecho. Y yo le creí.

S. de B., *La fuerza de las cosas.*

DI NOSTRA
PRODUZIONE